

DISERTACION DE ROBERTO SERPA FLOREZ,

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD SANTANDEREANA DE PSIQUIATRIA EN LA SESION INAUGURAL DEL 27º CONGRESO NACIONAL DE PSIQUIATRIA

BUCARAMANGA JUEVES 29 DE OCTUBRE DE 1987

Señoras y Señores:

Como presidente de la Sociedad Santandereana de Psiquiatría doy a ustedes un cordial saludo de bienvenida a esta ciudad y a este Vigésimo Séptimo Congreso Nacional de Psiquiatría. Las cuestiones que atañen a nuestras disciplinas psiquiátricas serán objeto de atención y análisis en este Congreso, tanto en las ponencias oficiales, en las exposiciones de temas libres, como en las discusiones que aquellas originen y en los contactos informales de los participantes. Deseo que este Congreso tenga muchos éxitos, que la información que recibimos aumente nuestros conocimientos y nuestra comprensión de algunas de tantas incógnitas que aún afronta la Psiquiatría, y que los intercambios personales, científicos y gremiales sean provechosos y fraternales.

Transcurren las deliberaciones de este Congreso en momentos de gran incertidumbre e intranquilidad para nuestra Patria. Como médico, como intelectual y como ciudadano no puedo ni debo eludir ni ignorar la realidad social y política, la dinámica histórica de la época en que me ha tocado vivir y cuyas perspectivas me inquietan al pensar en el futuro que vivirán mis hijos, mis nietos, mis alumnos y discípulos. No puedo callar lo que quiero decir. Sea esta la justificación de las reflexiones que siguen y que no comprometen a la Sociedad Santandereana de Psiquiatría sino a mí mismo. Una terrible, profunda y dilatada crisis de todos los valores y aún de sus mismas instituciones agobia a Colombia desde hace varios años. Comenzó con hechos tan graves como la proliferación de focos guerrilleros, la delincuencia de cuello blanco en las instituciones financieras, el holo-

causto de la Corte Suprema de Justicia, las matanzas de Tacueyó y del Caquetá. Hoy las Instituciones que la Nación se ha dado parecen inoperantes e ineficaces ante la dinámica de las fuerzas sociales y económicas que buscan en unos casos su propia supervivencia y en otros su supremacía intolerante y exclusiva. Hay un clima intransigente de aguda polarización de los extremismos ideológicos y políticos con predominio alarmante de la irracionalidad y la violencia sobre la razón y el acuerdo político entre los colombianos, acuerdo que debiera buscarse para producir y crear cambios estructurales que favorezcan a la mayoría de la población hoy sumida en la miseria.

En Colombia la muerte violenta es hoy la segunda causa de mortalidad. La desestabilización se expresa en conductas criminales: asesinatos de jóvenes soldados en emboscadas, de campesinos en sus parcelas, exterminio sistemático de miembros de una agrupación política, enriquecimiento ilícito desvergonzado, desapariciones, extorsiones, secuestros, asesinatos de gentes de todas las clases sociales (hacendados, empresarios, profesionales, líderes sindicales, desempleados, consumidores y expendedores de drogas en pequeña escala, vagos, desconocidos); persecución, amenazas, muerte y exilio de profesores y estudiantes universitarios, de médicos, de jueces, sacerdotes, periodistas, intelectuales y artistas. La acción violenta y homicida de grupos guerrilleros, de grupos de autodefensa, de grupos paramilitares, de cuadrillas de bandoleros, la inoperancia de la justicia sin recursos ni medios de investigación. La inacción e irresponsabilidad de no pocos representantes de la llamada clase política que ha creado un vacío de poder, llenado ahora por la "política informal" de los paros cívicos, las marchas campesinas, las huelgas de obreros y empleados; invasiones de tierras rurales y urbanas, paros en las escuelas, universidades y hospitales, parálisis e ineficiencia de los servicios públicos, ausencia del Estado en grandes zonas del territorio nacional, rapiña burocrática de grupúsculos personalistas por el reparto de los empleos y los contratos públicos. El neocapitalismo gangsteril con su avasallante poder económico disociador de instituciones y distorsionador de la economía. Y como si fuera poco además, la amenaza a la soberanía y la integridad territorial y marítima de nuestras fronteras. Todo ello en un contexto mundial en el que el sistema financiero internacional es sacudido hasta sus cimientos por los gigantescos desequilibrios comerciales y presupuestales de las economías de las más grandes naciones y las colosales deudas de los países de este continente, y cuando la lucha por las fuentes de energía del petróleo del Golfo Pérsico ponen en peligro la paz mundial.

Toda esta dramática enumeración, de apariencia apocalíptica, es una inocultable y perturbadora realidad. Pienso que la Sociedad Colombiana de Psiquiatría, como gremio, debiera tomar una posición en busca de una salida política racional a esta situación aparentemente insoluble en que se debate nuestro país en los últimos años. Lo menos que puede pedirse a una asociación de psiquiatras es que acepten y no eludan la realidad y contribuyan a encontrar una solución racional que no puede ser sino política. Propondré ante la Asamblea General de la Sociedad de Psiquiatría algún pronunciamiento al respecto y espero obtener acogida y respaldo.

Las consideraciones anteriores pretenden hacer tomar conciencia a los

psiquiatras colombianos de que nuestros esquemas conceptuales especializados y los enfoques necesariamente limitados de nuestra disciplina profesional son parciales y notoriamente insuficientes para explicar, comprender y resolver los complejos problemas que nos ofrece la dinámica dialéctica de la evolución social e histórica. Sería ingenuo y pueril querer dar una explicación general de tipo psicológico o psiquiátrico exclusivamente, de estas conductas sociales e históricas acudiendo a hipótesis reduccionistas psiquiátricas como invocar la acción de mentes desquiciadas de psicópatas o psicóticos, o contentarse con superficiales análisis comprensivos basados en la psicología dinámica, o en la psicología del aprendizaje, o en otros paradigmas propios y útiles únicamente dentro de contextos limitados. La aseveración de que nuestro país ha enloquecido no sería más que una frase hecha, un simil o una metáfora que nada explicaría y serviría solamente para negar una realidad que nos golpea y acosa y no nos podemos ocultar ni eludir.

En escala menos ambiciosa, más modesta, la Sociedad de Psiquiatría debiera pronunciarse en favor de políticas dirigidas a mejorar la salud de los colombianos y las condiciones de los hospitales mentales, de sus pacientes y de los trabajadores de salud mental. Casi todos los años estos establecimientos tienen enormes dificultades para su funcionamiento y también todos los años hay problemas laborales que culminan en huelgas y paros de sus trabajadores con serio perjuicio para los pacientes y las mismas instituciones. Hemos llegado a acostumbrarnos poco a poco a considerar normales hechos tan anómalos como la escasez crónica y recurrente de los recursos presupuestales de los hospitales.

A comienzos de este año, en los primeros días de marzo, cuando la parálisis de los hospitales de Santander llevaba más de tres meses, la Academia Nacional de Medicina capítulo de Santander envió una carta al Presidente de la Academia Nacional de Medicina en Bogotá exponiéndole la gravedad de la situación y pidiendo la intervención de la Academia ante el Congreso Nacional y ante el Gobierno, como órgano consultor que es del Gobierno Nacional en asuntos de salud y educación médica. La redacción de esta carta me fue encomendada y quiero transcribir algunos de sus párrafos, todavía muy actuales, y que resumen cabalmente mi pensamiento:

"La Academia Nacional de Medicina Capítulo de Santander considera que las soluciones que se den a la muy compleja y delicada situación que afecta al área de la salud, deben ser soluciones de fondo, estructurales, basadas en la más alta y noble política, con definición clara y precisa de las necesidades del sector salud y su orden de importancia, dando prelación a las políticas preventivas sobre las curativas, con programas y planes que tengan un adecuado respaldo presupuestal y sean ejecutados por funcionarios idóneos, competentes y técnicos, sin interferencias de los grupos de presión personalistas que, unas veces para pagar servicios electorales clientelistas y otras para obtener privilegios laborales de pequeñas camarillas sindicales y para sus familiares, han venido apoderándose poco a poco de las instituciones hospitalarias y de los servicios de salud".

"No podemos terminar esta carta —decíamos— sin una nota de

autocrítica gremial. La indiferencia, el alejamiento y el desapego de los grupos dirigentes médicos por estos importantes asuntos de la salud pública que abruma a nuestro pueblo, la falta de sentido político del gremio médico, entendida la política en su auténtico sentido de servicio a la comunidad, indiferencia de que ha dado muestras nuestra profesión en algunos de sus estamentos, los que por su madurez y experiencia debíamos tener mayor sentido de la responsabilidad, ha contribuido, a crear este estado de cosas extremadamente peligroso del cual no podemos sentirnos completamente inocentes. Pero al menos esperamos haber reaccionado, quizás no demasiado tarde, asombrados por la magnitud del desastre que se avecina si no se le da un remedio oportuno y radical".

Así decíamos hace ocho meses planteando la situación hospitalaria en su contexto de la situación nacional. La crisis de los hospitales no se ha superado, por el contrario, ha empeorado. Las gestiones de la Academia Nacional de Medicina no tuvieron ningún resultado, quedaron en documentos y constancias pero no en hechos ni decisiones políticas y administrativas. Sin embargo, seguimos creyendo que es nuestra obligación de médicos y de ciudadanos llamar la atención sobre estos asuntos y proponer soluciones. Esta razón ha llevado a quien les habla a prescindir de un discurso de corte académico, científico o literario, como es usual en estos certámenes, y plantear a ustedes estos motivos de reflexión.

Quisiera terminar con una nota de optimismo, pero para que el optimismo sea razonable debe ser razonado y no mantenerse en el vacío sino debe fundarse en la esperanza de una firme y decidida respuesta de todos, estamentos, grupos y fuerzas sociales ante la compleja crisis que aqueja a la Nación, que a todos nos concierne y nos afecta y a cuya superación todos debemos contribuir.

Una vez más, para terminar, doy el saludo de bienvenida a nuestros visitantes, invitados especiales, participantes y acompañantes a este Vigésimoséptimo Congreso Nacional de Psiquiatría. Confío en que su estadía en nuestra ciudad sea grata y en que las actividades del Congreso se desarrollen en la mejor forma posible, tal como ha sido el deseo del Comité Organizador que acometió este empeño y que nos ha dado la gran satisfacción de estar estos días con ustedes en Bucaramanga.

He dicho

Roberto Serpa Flórez